

Las teorías de la comunicación Reflexiones desde la docencia

LUZ MARÍA ORTEGA VILLA

Introducción

A manera de advertencia, conviene aclarar de entrada lo que debiera ser evidente: que es ésta una reflexión personal respecto a la evolución registrada en el ámbito de la enseñanza de las teorías de la comunicación, en tanto práctica constituyente de y constituida por el campo académico de la comunicación, y que esta reflexión está limitada a una de las instituciones que integran dicho campo en Baja California, si bien —quizá— es la que cuenta actualmente con mayor reconocimiento, como es la UABC. Por las limitantes anteriores, puede el lector encontrar omisiones, lagunas u olvidos producto de la perspectiva desde la que se aborda, o del propio sesgo en que se incurre al ser quien escribe un agente del campo que se pretende analizar.

Por otra parte, al dar a este capítulo el nombre de “Las teorías de la comunicación. Reflexiones desde la docencia”, no deja de reconocerse, con Gilberto Giménez (1994:35), que en el campo de las ciencias sociales las “teorías” son más bien paradigmas, en tanto “marcos de pensamiento u orientaciones teórico-metodológicas a propósito de los cuales existe cierto acuerdo dentro de la comunidad científica”, y más aún, a decir de Caparelli y Stumpf (2005), sería posible que ni siquiera alcanzaran tal denominación sino la de “cuasiparadigmas”. No obstante, para fines de comprensión, se utilizará la palabra “teorías” —más común— para referirse a los paradigmas o modelos teóricos que pretenden explicar la comunicación. Caparelli y Stumpf (2005:72) no están de acuerdo en la adopción de una perspectiva paradigmática, ya

Huellas compartidas

que eso lleva al investigador “a problematizar ciertas realidades –y no otras– para constituir las en objetos de estudio”. Sin embargo, la ausencia de paradigma elimina, entonces, la posibilidad de siquiera hacer referencia a un “campo” académico de la comunicación, ya que este término implica –necesariamente– el predominio de una perspectiva dominante en un momento determinado, como resultado de las luchas entre paradigmas en pugna por el control del discurso del campo.

Una tercera –y quizá la más importante aclaración– tiene que ver con la “comunicación”, que si bien alude al objeto de estudio del campo académico de que trata –y en el cual se inserta– esta obra, sufre de lo mismo que Giménez (1994) señala respecto del término “cultura”: no existe un concepto homogéneo, requisito esencial para poder elaborar un discurso controlado y refutable.

En tanto objeto de estudio, la comunicación es un objeto móvil que se re-construye en cada ejercicio de investigación y que a fin de poder ser “aprehendido” lleva siempre la marca de un “apellido”, que es el que le da, a fin de cuentas, su carácter delimitado. Así, se habla de comunicación *masiva*, comunicación *política*, comunicación *organizacional*, comunicación *externa*, etcétera. En este sentido, en la medida en que más se logra delimitar los alcances de una de las “ramas” de la comunicación, menos cerca estamos de una definición de la comunicación en tanto objeto de estudio. De este modo, el objeto llamado “comunicación” se comporta como las partículas subatómicas que, en su incesante movimiento en el núcleo del átomo, parecen “dejarse” ubicar sólo cuando alguien las observa (Capra, 1997). Como dice Jesús Martín-Barbero, “...la comunicación nombra hoy a la vez uno de los más fértiles territorios de la investigación social y el espacio social más denso de ensoñaciones y pesadillas, a las que la propia investigación no puede sacarle el cuerpo” (2005:24).

Al hacer una revisión de los temas incluidos en unas jornadas sobre comunicación, Cristina Mata llega a la conclusión de que “en esa enumeración casuística, la comunicación es un amplio sobreentendido donde caben tecnologías, medios, discursos, sujetos, identidades, imaginarios, políticas, géneros, espacios institucionales... el estado, la sociedad civil, la globalización, el mundo entero” (Mata, 2000:s/p), y tal dispersión es criticada porque constituye un obstá-

Las teorías de la comunicación

culo para “la contrastación de posturas y marcos comprensivos y/o normativos desde los cuales pensar la comunicación por endeble y fugaces que sean los contornos de lo que ella nombra. La diversidad, amparada en un creciente relativismo, se revela así improductiva y peligrosa” (Mata, 2000:s/p).

Lo que sí se tiene más definido son las distintas denominaciones de comunicación “con apellidos”, de modo que encontramos tantos autores que la nombran y delimitan como “descendientes” tiene la comunicación a secas. Pero sobre esta última todavía se siguen discutiendo propuestas y definiciones.

La heterogeneidad del concepto *comunicación* no ha dejado de manifestarse –como se verá más adelante– en el desarrollo de contenidos de las asignaturas de teorías de la comunicación: muchas veces descrita por sus funciones, otras por su propósito, las más, asociada a los recursos tecnológicos que la posibilitan, y las menos, en atención a los aspectos humanos y filosóficos que implica.

Para Manuel Martín Algarra (2003:46), “Si no se es capaz de identificar el objeto de estudio, tampoco se está en condiciones de estudiar ese objeto”, y por ello califica como “esquizofrenia intelectual” la situación que vive el campo de estudio de la comunicación, pues al abordarla sin una conceptualización común no se hablaría nunca de lo mismo. Por eso, adelanta como definición normativa de la comunicación la de que es una interacción cuya finalidad sería “que lo expresado sea comprendido por el otro, y que éste efectivamente comprenda lo que significan tanto la acción como su contenido expresivo” (Martín Algarra, 2003:56), y luego refina su definición para establecer que es “un intercambio simbólico tendente a superar el aislamiento entre los hombres en sociedad” (Martín Algarra, 2003:110). Dice este autor: “El fin de la comunicación es uno: el conocimiento del mundo, que redunde en la comprensión mutua, en la comunión, en la integración social de los copartícipes” (Martín Algarra, 2003:168). Con base en ello, tanto la comunicación interpersonal como la comunicación pública pueden ser analizadas aun cuando los elementos (objetivos, subjetivos y práxicos) que intervienen en el proceso presenten características diversas en diferentes momentos y contextos.

Huellas compartidas

Menos difícil que definir a la comunicación como objeto de estudio lo es delimitarla como campo académico. Para ello se parte de la descripción que hace Vasallo (2005:44), para quien el campo académico de la comunicación es “un conjunto de instituciones de educación superior destinadas al estudio y a la enseñanza de la comunicación, donde se produce la teoría, la investigación y la formación universitaria de los profesionales de la comunicación”.

De acuerdo con la descripción que la autora hace de dicho campo, que toma como marco de análisis el propuesto por Pierre Bourdieu, existen en él tres subcampos: el científico, implicado en la producción de conocimiento; el educativo, que se caracteriza por las prácticas de reproducción de conocimiento, y el profesional, en el que destacan las prácticas de aplicación del conocimiento y que además es el que promueve la vinculación con el mercado de trabajo (Vasallo, 2005).

Con base en dicha distinción de subcampos, la enseñanza de las “teorías” de la comunicación formaría parte del subcampo educativo, y en tal sentido —a partir de la distribución del capital y los procesos de legitimación que se presentan en el campo académico de la comunicación— tendría una posición subordinada respecto del subcampo científico, donde se produce el conocimiento. Sin embargo, en el desarrollo del campo de la comunicación en Baja California, y en especial en la Facultad de Ciencias Humanas, no es sino hasta hace pocos años que dicha subordinación empieza a ser evidente, pues al inicio de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación hubo de entrada un mayor peso del campo profesional, que poco a poco fue cediendo su lugar al de las teorías, para, en fechas recientes, sufrir un nuevo reacomodo que lo hace asemejarse ya al campo descrito por Vasallo de Lopes, donde la producción de conocimiento empieza a adquirir la mayor legitimidad, la enseñanza se ubica en posición subordinada respecto de ella y el subcampo profesional aparece como un espacio meramente instrumental, que requiere vincularse tanto con el exterior como con las prácticas de generación de conocimiento.

Puede ubicarse el 2000 como año en que se inicia la inversión de posiciones entre los subcampos educativo (reproducción) y científico (producción de conocimiento), cuando un grupo de

Las teorías de la comunicación

profesores de la Facultad de Ciencias Humanas inicia sus estudios de maestría mediante un programa en convenio con la Universidad de La Habana, al tiempo que la planta académica de dicha facultad se fortalecía con la reincorporación de algunos profesores que habían cursado su posgrado en otras instituciones.

De 1986 al 2000 la enseñanza de las teorías de la comunicación, y de las asignaturas “teóricas” en general, tuvo un reacomodo semejante al de los subcampos anteriores: de requisito obligado, desvinculado de la práctica y en ocasiones hasta despreciado por quienes se dedicaban al ejercicio profesional, fue ganando posiciones en la medida en que se constituyó en elemento diferenciador entre “comunicadores” y “comunicólogos”, entre quien se dedicaba a reproducir esquemas de elaboración de productos comunicativos y quien –al menos así se decía– era capaz de proponer innovaciones al quehacer profesional; y al igual que con los subcampos, es en años recientes que, al vincularse finalmente con la investigación, las “teorías” han empezado a adquirir mayor legitimación, merced a los productos académicos puestos en circulación por quienes se dedican a la docencia y a la investigación,¹ y a su impacto en la reestructuración curricular llevada a cabo en 2003.

A fin de entender el desarrollo de la enseñanza de las teorías de la comunicación dentro del campo académico bajacaliforniano correspondiente a ese ámbito de estudios, es necesario recorrer el camino que va de 1986 a 2007, en que se han instrumentado tres planes de estudios, cuyas orientaciones y contenidos manifiestan los reacomodos ya señalados.

Como base de la reflexión, se ha recurrido a las pocas cartas descriptivas de teorías de la comunicación que aún se tienen de 1986 a la fecha, pues representan la institucionalización de las temáticas, aunque no se deja de reconocer que –sobre todo, una vez echado a andar el primer plan de estudios– los contenidos con toda seguridad se venían abordando desde antes, pues una de las prácticas comunes

¹ A manera de autocrítica, cabe reconocer que el campo académico de la comunicación en Baja California continúa siendo un espacio de lucha de posiciones y acumulación del capital propio del campo, y un libro como éste es uno más de los productos de esas luchas y de las estrategias puestas en marcha por los agentes implicados en el campo.

Huellas compartidas

en el campo académico es modificar sobre la marcha los temas y unidades del curso, y uno o dos semestres después hacerlos oficiales en una nueva carta descriptiva.

Si bien en el recuento que sigue es inevitable aludir a la intervención de los agentes involucrados, se evita la mención específica de nombres, en función de que, desde la perspectiva bourdieana, son las posiciones de los agentes y las relaciones establecidas entre ellos, las estrategias puestas a funcionar y el capital y poder que poseen, los aspectos que interesan para entender la constitución y funcionamiento del campo.

Evolución de las teorías de la comunicación

El campo académico de la comunicación, pese a su relativa autonomía, se encuentra sujeto a las presiones del campo más amplio del poder político, sobre todo cuando se trata de instituciones públicas de educación superior, agentes que dependen en gran medida del financiamiento que otorga el gobierno federal a través de la Secretaría de Educación Pública y los diversos programas que aportan o han aportado recursos extraordinarios, como Fomes, Promep y actualmente PIFI. Por otro lado, y tratándose aquí de un “subcampo” regional, los cambios en los contenidos que a lo largo de estos 25 años han formado el corpus de las asignaturas de teorías de la comunicación reflejan en parte los contactos y acercamientos de dicho subcampo con los agentes más legitimados y constituyentes del núcleo de poder del campo académico nacional, sean éstos los organismos legitimadores (ANUIES, AMIC, Coneicc) o los investigadores destacados de nuestro país, adscritos a su vez a las instituciones dominantes del campo académico de la comunicación en México: la UNAM, la UIA y la UAM en los años setenta y hasta mediados de los ochenta del siglo pasado; a las que se sumaron en la década siguiente la Universidad de Colima y el ITESO, y hacia fines de los noventa y en años recientes la Universidad de Guadalajara y el ITESM en sus *campi* Monterrey y Ciudad de México. Las trayectorias de los agentes, sus reubicaciones en las diversas universidades y la conformación de grupos de investigación en esas

Las teorías de la comunicación

instituciones han provocado a la vez nuevas relaciones de fuerza que, si bien no directamente, han llegado a tener repercusiones ocasionales en el campo de la comunicación de Baja California.

Igualmente, para comprender la evolución de la enseñanza de las teorías de la comunicación en la UABC, que es parte del campo académico regional que nos ocupa, es necesario tomar en cuenta el impacto que en el quehacer de profesores e investigadores han tenido las políticas de evaluación de la educación superior y de la labor de los trabajadores académicos, implementadas desde instancias como el SNI del Conacyt, la SEP-SESIC, la ANUIES y los CIEES, cuya influencia se fortalece continuamente desde fines de los años ochenta del siglo veinte, y que en la actualidad recurren además a organismos acreditadores de los planes de estudio, como Acceciso y Copac, todos los cuales se han convertido también –merced al poder de nombrar lo que es de calidad y lo que no– en agentes legitimadores ya sea de los programas educativos o de los trabajadores académicos.

Junto con esos elementos “externos” al campo académico de la comunicación en Baja California, cabe considerar –aunque sea someramente– la dinámica propia del campo, con los acomodados iniciales y ulteriores reacomodos de los agentes, como fueron, en 1982-1983, la incipiente Asociación de Licenciados en Ciencias de la Comunicación, formada a instancias de egresados de la carrera que ocupaban posiciones privilegiadas en la estructura administrativa de la UABC y cuyo proyecto se orientaba, por una parte, hacia la apertura de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación y el aseguramiento de posiciones académicas, y, por otra, hacia la proyección social y política de la profesión, pero que tuvo corta vida debido principalmente a que sus integrantes eran profesionales preocupados por echar a andar sus propias empresas (agencias de publicidad, productoras de video o consultoras) o colocarse individualmente en el mercado de trabajo (como locutores o periodistas en radio y televisión y en los dos periódicos locales) y cuyas aspiraciones se encontraban alejadas de la participación en la academia, puesto que aún no había en ella un espacio para los licenciados en ciencias de la comunicación, algunos de los cuales se oponían a que se ofreciera la carrera, al menos en Mexicali.

Huellas compartidas

El cambio de administración rectoral en 1983 desplazó de la administración universitaria a los principales promotores de la incipiente asociación, pero la presión social por la ampliación de la oferta de licenciaturas, sumada a la iniciativa de apertura de la carrera de ciencias de la comunicación echada a andar en la anterior administración, condujeron a que se continuara con el proyecto, aunque con nuevos protagonistas y, por lo tanto, con diferente orientación a la que inicialmente se propuso, y que se concretó en 1986 con el plan de estudios inaugural de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la UABC en Mexicali, conocido como “plan rígido” (por oposición al plan flexible que se implementó en 1993).

Hacia ese año, en la UABC se sentían los efectos de la crisis que estalló en 1982, y que terminó con el apoyo a los profesores que deseaban cursar estudios de posgrado en el extranjero y dio inicio a la política gubernamental —encabezada por la SEP, el Conacyt y la ANUIES— de creación de posgrados nacionales, mientras que al interior de la universidad se daba inicio a una política de impulso a la investigación en su carácter de actividad sustantiva. Las áreas que desde aquel tiempo se ubicaron como líderes en materia de investigación y posgrado fueron las de ciencias naturales y exactas —en especial, las ciencias marinas—, y las de ingeniería y tecnología. De hecho, el primer posgrado que se ofreció en la UABC, en 1981, fue la Maestría en Ingeniería de Sistemas y hasta diez años después se dio inicio a la Maestría en Ciencias Sociales Aplicadas (Gómez Morín, 1997).

Así, se observa que en 1986, año de creación de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la UABC, en el campo académico de la misma universidad apenas empezaba a destacar lo que 20 años después constituiría la actividad más legitimada: la investigación.

En agosto del mismo año en que inició el semestre previo de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la UABC Mexicali, la Universidad Iberoamericana Noroeste (hoy UIA Tijuana) inauguraba los cursos de su propia licenciatura en comunicación (UIA, 2007), con un plan de estudios similar al que se impartía en la Ciudad de México. Así, en los dos extremos de la geografía estatal las ciencias de la comunicación empezarían a ganar su espacio, que de manera incipiente se había abierto camino a través de algunos trabajos pu-

Las teorías de la comunicación

blicados por el entonces Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México, que es hoy El Colegio de la Frontera Norte.

La Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la UABC fue creada durante el periodo presidencial 1988-1994, en el que, asociada a la apertura comercial que se concretaría con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la política educativa federal estableció la necesidad de implementar procesos de evaluación de la calidad educativa al interior de las instituciones de educación superior y condicionar los apoyos extraordinarios a los resultados de las evaluaciones, con lo que nació el Fondo para la Modernización de la Educación Superior (Fomes). Estas acciones, a su vez, respondían a requerimientos establecidos por organismos financieros que presionaban al país hacia la modificación de algunos aspectos de su desarrollo, como condición para su entrada en los mercados internacionales (Padilla, 1997). De ahí en adelante, la evaluación institucional de programas educativos y profesores pasaría a convertirse en un instrumento básico para la toma de decisiones en materia de asignación de recursos extraordinarios provenientes de la SEP, y que se aplican tanto al desarrollo de las unidades académicas como a los programas de estímulo a los trabajadores académicos. Sobre todo en estos últimos, la obtención de grados (maestría y doctorado) y la productividad —en la forma de artículos arbitrados, libros y ponencias en congresos— derivada de la actividad de investigación tienen los más altos reconocimientos. Por homología con el campo académico nacional, poco a poco se fue estableciendo en el interior de la Universidad una cultura de reconocimiento a esas actividades por encima de las propiamente docentes, que para el año 2001 alcanzaría a las ciencias de la comunicación.

Tal como da cuenta Manuel Ortiz en otro capítulo de esta obra, los primeros profesores de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación fueron, sobre todo, profesionistas de otras carreras: abogados, sociólogos, psicólogos y uno que otro “egresado de comunicación” en sus diversas denominaciones. Con tal heterogeneidad, las fronteras disciplinarias del naciente campo académico eran apenas perceptibles, pues, además de pocos, los licenciados en ciencias de la comunicación que impartían clases eran los recién llegados al ámbito

docente y, por tanto, tendrían que luchar por su legitimación, de acuerdo con las reglas vigentes en un campo donde las profesiones tradicionales gozaban de mayor reconocimiento. En su calidad de profesores habrían de impartir asignaturas en cuyo diseño –por lo general– no habían intervenido, y sólo después de haberse “ganado” un lugar merced a su capital simbólico –derivado de la experiencia profesional o docente, aún no de la investigación– estarían en posibilidades de proponer modificaciones a los contenidos.

El plan de estudios de 1986 incluía un semestre previo, que los estudiantes tenían que aprobar para ser admitidos finalmente en la licenciatura. En él se impartía la asignatura “Introducción al Campo de la Comunicación”, que era, tal como su nombre lo indica, una materia introductoria, sobre todo para que los futuros estudiantes conocieran el plan de estudios y sus alcances, así como algunas nociones básicas. El propósito de esa asignatura, tal como se expresa en la carta descriptiva, era “Dar a conocer al alumno de la carrera de comunicación un perfil de la licenciatura así como una orientación para el estudio de esta ciencia” (UABC, 1990a).

Es de hacer notar que la consideración que se hace de la comunicación como una ciencia, probablemente en seguimiento de la bibliografía básica de la asignatura: *La ciencia de la comunicación en México*, obra de M. Corral publicada en 1986.

En el caso de las teorías de la comunicación, el plan de estudios las había organizado en tres bloques: comunicación interpersonal, comunicación de masas y comunicación no verbal, que se abordarían, respectivamente, en “Teoría de la Comunicación” I, II y III.² Las cartas descriptivas de esas asignaturas muestran una fuerte orientación hacia el funcionalismo, como reflejo de la formación específica de quienes intervinieron en su elaboración, la mayoría egresados de universidades privadas, poco orientadas hacia la crítica. Ejemplo de ello es “Teoría de la Comunicación I”, que en la bibliografía básica tenía por autores a David K. Berlo, Wilbur Schramm, M. Corral,

² Desde la fundación de la carrera y hasta nuestros días, se ha repetido el error de denominar a las asignaturas con la singular “teoría” de la comunicación, como si sólo existiera una explicación para tan complejo objeto de estudio. A pesar de que los profesores de la carrera hemos hecho notar el error, los planificadores curriculares parecen no entender las explicaciones que se les dan.

Las teorías de la comunicación

C. González Alonso e I. Vidales, y que pretendía “Que el estudiante comprenda la importancia de la comunicación como propósito primordial de la vida humana así como dar a éste una visión amplia de las áreas que comprende el estudiante de dicha disciplina. Como resultado de este curso se espera que el estudiante analice las diferentes teorías según su aportación a la ciencia de la comunicación” (UABC, 1990b).

Independientemente de la confusa redacción del párrafo citado arriba, se observa que en él la comunicación es al mismo tiempo “propósito primordial de la vida humana”, disciplina y ciencia a la que “las teorías” (¿cuáles y de qué?) le hacían aportes. Ante esta trinidad de manifestaciones, ¿qué era la comunicación?

En “Teoría de la Comunicación II” se empezaba a contemplar a la comunicación de masas como un “recurso” social; el tema de las mediaciones, de la mano de Jesús Martín-Barbero –anotado apenas en la bibliografía complementaria– era parte de tan sólo una unidad, y el papel de los medios masivos de comunicación como mediadores resultaba tan extraño, que fue anotado entre comillas en la descripción de los propósitos del curso, que eran:

- Comprender la importancia de la teoría para la realización de la práctica.
- Introducir al estudiante a la investigación de la comunicación de masas para conocer el uso y manejo del contenido en los mensajes enviados a las audiencias en la comunicación masiva.
- Comprender la comunicación de masas como recurso de la sociedad para interrelacionarse.
- Analizar el papel actual de “mediador” que se le da a los medios masivos de comunicación (UABC, 1989).

La lucha por legitimar las asignaturas teóricas es notoria, pues el primer punto de los cuatro anotados como propósitos tiene que ver con la reafirmación de la importancia de la teoría, considerada como sustento de la práctica (producción en medios); una práctica para la que, de acuerdo con el segundo punto, es necesario conocer la forma de usar y manejar el contenido de los mensajes, en una consideración evidentemente instrumental del conocimiento teó-

Huellas compartidas

rico, al que se defendía en el punto primero. Así, pese a las buenas intenciones, el esfuerzo por legitimar la teoría tenía el efecto de reconocimiento del dominio del subcampo profesional, efecto que es concomitante a la resistencia y la oposición que se presentan al interior de todo campo.

Era aquella una asignatura sumamente ambiciosa, que combinaba la exposición de algunos modelos teóricos con la aplicación de los métodos de análisis que de ellos se derivan —en especial, los análisis de contenido—, a la vez que se hacía énfasis en los estudios de los efectos de los medios, con lo que se acentuaba la orientación funcionalista que ya se tenía en la asignatura anterior. En la bibliografía básica se anotaba a Dennis McQuail, Melvin de Fleur, Florence Toussaint, Ball Rokeach y Antonio Paoli.

Al parecer, en una sola asignatura se pretendían agotar los contenidos relativos a los paradigmas explicativos de la comunicación masiva —al menos, los que se consideraron importantes para la formación de los futuros profesionistas—, a fin de que la asignatura de “Teoría de la Comunicación III”, de la mano de un solo libro (*Comunicación no verbal*, de M. Knapp), explorara la comunicación no verbal, cuyo propósito, más que expresar una intención, manifiesta de manera general el contenido de la asignatura:

Dentro de la formación teórica del estudiante de Comunicación se contempla el curso de la Comunicación No-Verbal, el cual sucede a los contenidos de comunicación interpersonal y comunicación de masa. Dicho curso consiste en presentar al estudiante una evolución histórica de este tipo de comunicación en donde se le habilita hacia la comprensión y análisis de conductas que sin manejar un lenguaje hablado descrito nos muestran a la comunicación como un quehacer social del ser humano (UABC, 1990c). [Es probable que por error de transcripción se confundiera “descrito” con “escrito”.]

Es menester tomar en cuenta que la carta descriptiva fue elaborada por el entonces coordinador del taller de pantomima de la UABC, y en descargo de éste, es también necesario recordar que la dinámica de creación del plan de estudios carecía de los elementos que en el presente son ya parte de las prácticas comunes entre los

Las teorías de la comunicación

profesores de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la FCH, como son la elaboración de cartas descriptivas de manera colegiada, la asignación de la responsabilidad de su elaboración a los agentes más reconocidos por los pares académicos, el establecimiento de propósitos de asignatura en estrecha vinculación con los objetivos generales del plan de estudios, etcétera. En aquel entonces, y ante la premura de ir instrumentando el plan de estudios, era práctica común que la carta descriptiva fuese elaborada dos o tres semanas antes de iniciar el semestre, y que ante la escasez de profesores formados en ciencias de la comunicación se recurriera a profesionistas cercanos o afines al campo disciplinario.

En la instrumentación del primer plan de estudios, sobre todo en los cuatro años iniciales, la preocupación estaba centrada en la consecución de profesores, por una parte, y, por la otra, en la lucha por la infraestructura mínima indispensable para la producción en medios, atractivo principal de la carrera para quienes a ella ingresaban. Dado que la evaluación del plan de estudios se tendría que realizar al egresar la primera generación, la revisión de cartas descriptivas podía esperar en tanto se resolvía la urgencia de contar con los anhelados talleres de producción, reclamo tanto de estudiantes como de profesores.

Aunado a ello, en el campo académico de la comunicación regional, apenas en formación, los agentes en posiciones dominantes no eran profesores en sentido estricto, sino profesionistas por cuya labor, ya fuese en las áreas de extensión universitaria de la misma UABC o en los sectores público y privado, eran considerados autoridades para opinar sobre la licenciatura, de modo que, desde la perspectiva de dichos agentes, la producción era una prioridad. La teoría, a fin de cuentas, se olvidaba al egresar. La dicotomía comunicador/comunicólogo estaba presente desde el origen.

En el año de 1989, por iniciativa de quien ocupaba la coordinación de la carrera, y aprovechando los eventos que en el contexto universitario se estaban viviendo —en que la administración rectoral había reconocido las deficiencias en la formación de los profesores y había implementado un extenso programa de actualización docente—, se invitó a impartir cursos a dos investigadores que empezaban

Huellas compartidas

a despuntar en el panorama nacional de las ciencias de la comunicación: Jorge González y Javier Esteinou. Así, Pierre Bourdieu llegó al campo académico de la comunicación de Baja California a través del primero y la propuesta de participación de la sociedad civil en la comunicación masiva fue expuesta por el segundo; pero, como se dice en estos rumbos, “pasaron de noche”. La comunidad académica de la licenciatura no contaba todavía con un elemento fundamental para el establecimiento de un juicio sobre el capital simbólico de los instructores: la capacidad de conocer y reconocer las propiedades tenidas por valiosas en el campo académico de la comunicación en el país.

A inicios de los noventa, y gracias a los lazos de amistad de un nuevo profesor con Jorge González, algunos estudiantes de ciencias de la comunicación participaron en un proyecto de investigación sobre consumo y prácticas culturales coordinado por ese investigador desde la Universidad de Colima, colaboración que consistió sobre todo en la recolección de datos correspondientes a Tijuana y Mexicali. La influencia del Programa Cultura, a cargo de Jorge González, contribuyó a incorporar en las cartas descriptivas contenidos más actualizados y problemáticas más relacionadas con la cultura y analizadas desde las ciencias de la comunicación. En esa misma década impartieron cursos también Guillermina Baena, Beatriz Solís, Francisco Gómezjara, Andrés Luna y otros investigadores, que en conjunto mostraron a la comunidad de profesores de la carrera nuevos horizontes teórico-metodológicos para el estudio de la comunicación.

Desde el momento en que egresó la primera generación, en 1990, se iniciaron los trabajos de evaluación del plan de estudios, que culminarían en la propuesta de reestructuración denominada “plan flexible” (véase el capítulo de Manuel Ortiz), que inició en agosto de 1993 y fue al interior de la UABC un parteaguas en la planeación curricular y motivo de orgullo en el ámbito nacional de la educación superior. Propuesto por la Escuela de Ciencias de la Educación (que luego cambió su nombre a Facultad de Ciencias Humanas) para las cuatro licenciaturas que entonces se impartían (ciencias de la educación, psicología, ciencias de la comunicación y sociología), colocó a esa unidad académica en una posición privilegiada dentro

Las teorías de la comunicación

del campo académico universitario tanto regional como nacional. Y en la facultad los creadores del plan de estudios, los licenciados en ciencias de la educación, consolidaron su posición de poder como grupo que establecía reglas y prácticas docentes. El campo académico de la comunicación, aún débilmente estructurado, recibiría en breve una oleada de nuevos profesores, licenciados en ciencias de la comunicación que, después de un breve paso por el mercado laboral externo, se incorporarían como profesores de tiempo completo, mientras que otros lo harían como profesores de asignatura, combinando así el ejercicio profesional con la docencia.

Esta expansión de agentes en el campo provocó los consecuentes reacomodos. Al ser la mayoría ex alumnos de quienes ya estaban desde años atrás ejerciendo la docencia, se ubicaron en posición subordinada respecto de sus antiguos maestros, y si la experiencia profesional podría haber representado alguna ventaja, era tan corta que no los legitimaba lo suficiente ante quienes ejercieron y ejercían la profesión desde hacía más años que los recién llegados.

Así, la incorporación a la docencia de estos nuevos profesores tuvo ventajas y desventajas para las asignaturas de teoría de la comunicación. Su experiencia previa como alumnos permitió mejorar aspectos de la instrumentación del plan, y en cuanto a las asignaturas de teoría, los contenidos se agruparon de modo que en cada una de las tres se abordaría una escuela de pensamiento (funcionalismo, estructuralismo y marxismo), lo que era ya en sí un avance respecto del plan anterior, donde la agrupación por “tipos” de comunicación hacía difícil reconocer los diferentes enfoques. Sin embargo, habiendo sido los nuevos profesores formados en el primer plan de estudios, les costó trabajo abordar temas que no habían sido comprendidos plenamente o que ni siquiera habían sido incluidos en su formación de licenciatura. En las cartas descriptivas el resultado fue que, a pesar de lo innovador que parecía el plan flexible, la reestructuración consistió en agrupar a los antiguos autores y redistribuirlos, e incluir algunos nuevos a fin de llenar algunos huecos del anterior plan, como los correspondientes a la teoría crítica y a los estudios culturales.

No obstante, hubo elementos adicionales que permitieron enriquecer los contenidos, como lo fue la actividad de investigación,

Huellas compartidas

que en semiótica era realizada desde tiempo atrás por el que en ese entonces era el único profesor con posgrado, o las novedades de las que se tenía conocimiento merced a las reuniones del Coneicc, cuyo ejemplo es la utilización del libro *La producción social de comunicación*, de Manuel Martín Serrano, en otras asignaturas.

El plan de estudios flexible eliminó el semestre previo e incorporó un tronco común a las licenciaturas que se impartían en la Facultad de Ciencias Humanas. En ese tronco se incluyó la asignatura “Principios de Comunicación”, que estaba dirigida a los alumnos de las cuatro licenciaturas, y de acuerdo con la carta descriptiva elaborada en el semestre 1995-2 tenía como propósito “Proporcionar un panorama general sobre los procesos de comunicación humana y las teorías y corrientes del pensamiento más significativas en el campo de la comunicación. Asimismo, se reflexiona en torno a esta disciplina, a sus prácticas y retos en el campo profesional” (UABC, 1996a).

Los temas abordados en esa asignatura abarcaban la presentación del plan de estudios, conceptos básicos funcionalistas, un poco de psicología social, otro poco de comunicación no verbal, a la vez que un acercamiento a la perspectiva crítica de la comunicación de masas. No había en ella ya rastros de la lucha por legitimar el campo de la comunicación. Los autores anotados en la bibliografía eran David K. Berlo, Ricci Bitti y Bruna, M. Knapp y Florence Toussaint.

Sin embargo, un año después, para el semestre 1996-2 se modificaron los contenidos de la carta descriptiva, no así su propósito. El cambio más notorio fue el retorno a la discusión acerca del campo de la comunicación, el hacer un recorrido histórico por la evolución de los estudios en el campo, la presentación de modelos de comunicación y, como novedad, la inclusión como bibliografía básica de un artículo publicado en la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (producto del Programa Cultura) y del libro *Teoría e investigación de la comunicación de masas*, de José Carlos Lozano, publicado en el mismo año en que se reestructuró la carta descriptiva, y que son ejemplos de cómo el contacto con los investigadores de nivel nacional contribuyó a enriquecer los contenidos teóricos por parte de quienes los propusieron.

Las teorías de la comunicación

A principios de 1997, la carta descriptiva correspondiente a “Teoría de la Comunicación I”, que se impartía en el cuarto semestre de la licenciatura (una vez terminado el tronco común), establecía, más que un propósito, los temas que abordaba la asignatura:

Este curso aborda el campo de la producción de comunicación a partir del estudio de las matrices de cultura y la producción de sentido, desde diversos enfoques: la lingüística [*sic*], los esquemas básicos de comunicación de las teorías funcionalistas, las corrientes críticas, el humanismo, la psicología, la filosofía y la antropología. *Este curso estudia principalmente el problema de la emisión interpersonal y social.* Además, es el antecedente para Teoría de la Comunicación II y III (UABC, 1997) [*itálicas en el original*].

Haciendo a un lado los errores gramaticales, destaca el hecho de que se pretendía tener como base el estudio de las matrices de cultura y la producción de sentido, pero sin hacer mención alguna —en la bibliografía básica— de la obra que puso en la mesa de discusión dicho enfoque: *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, de Jesús Martín-Barbero (1988). Es notorio también que, siendo el planteamiento eje de la obra citada la propuesta de descentrar el análisis de la comunicación alejándolo de los medios para ubicarlo en la(s) cultura(s) y en la relación entre lo popular y lo masivo, en esta asignatura se hace énfasis en “el problema de la emisión interpersonal y social”. Aún más, el contenido de las unidades temáticas permite observar cómo se hace un recorrido por los principios y fines de la comunicación, algunas teorías funcionalistas de viejo cuño (aguja hipodérmica, usos y gratificaciones, disonancia cognoscitiva), elementos de la teoría crítica, el estructuralismo y culturalismo, según lo exponen de manera condensada los autores a los que se recurre en la bibliografía básica: Dennis McQuail, David K. Berlo, Florence Toussaint, José Carlos Lozano y Miguel de Moragas. Así, parecería que se adoptaban conceptos y términos novedosos sin una plena asunción de lo que teórica y metodológicamente implicaban.

Lamentablemente, no fue posible obtener copia alguna de la carta descriptiva de “Teoría de la Comunicación II” utilizada en el plan flexible, a fin de establecer la relación entre su antecedente y

Huellas compartidas

su consecuente, “Teoría de la Comunicación III”, que para el ciclo 1996-1 establece como propósito general lo siguiente: “Este curso estudia el campo de los efectos, los procesos de consumo y recepción de mensajes, desde las distintas teorías de la comunicación, la sociología de la cultura, la antropología y la política. Estudia el cambio social a partir del fenómeno comunicacional” (UABC, 1996b).

El objetivo de ese curso era que el estudiante comprendiera “la comunicación como un proceso humano y social a partir del estudio de la recepción y desde las más relevantes aportaciones teóricas” (UABC, 1996b).

En esta carta se desplazaba el interés en los medios para enfocarlo en los procesos de recepción, por lo que el contenido temático hacía un recorrido por los estudios de efectos, el análisis del consumo, los usos y apropiaciones de los contenidos de los medios masivos y algunos métodos para el estudio de la recepción, para finalizar con una unidad en que se reflexionaba sobre las transformaciones culturales y la comunicación. En congruencia con dichos temas, los autores mencionados en la bibliografía eran, de manera destacada, Jesús Martín-Barbero, Guillermo Orozco y Miguel de Moragas, aunque al parecer en tal año todavía no se conocía la obra de García Canclini (1993) *El consumo cultural en México*. Otros autores considerados como complementarios eran Umberto Eco, José Carlos Lozano, Michel Foucault y un profesor de la propia Facultad de Ciencias Humanas.

La siguiente carta descriptiva, de cinco años después, muestra un salto conceptual y, por tanto, de contenido, pues la asignatura “Teoría de la Comunicación III”, de haber estado orientada al estudio de los procesos de recepción y consumo de mensajes, transformó para 2001 su propósito, en el que se descubre una ambiciosa intención normativa y que entremezcla una redacción típica de los objetivos de la tecnología educativa con un deber ser del licenciado en ciencias de la comunicación, además de que –nuevamente– se confunden propósitos con objetivos:

El curso pretende que el alumno logre identificar, a través de la teoría de la comunicación, el papel relevante de la práctica de la comunicación, su importancia y sobre todo la trascendencia del

Las teorías de la comunicación

hacer comunicacional, el lugar que ocupa en la estructura social, la sincronía o asincronía existente entre la producción social de la comunicación y el sistema social.

Descubrirá las afectaciones entre la comunicación pública y el sistema social, se descubrirá como parte del hacer cotidiano de la comunicación, pero no sólo como un creador o recreador de representaciones sociales, sino como transformador del sistema social al que pertenece el medio de comunicación social, lo que lo llevará a ver la trascendencia de su trabajo como profesional de la comunicación social, valorando su papel, y sobre todo descubrirá la importancia de trabajar con ética social ante la trascendencia de su trabajo.

Por lo tanto, a través de la reflexión teórica, será capaz no sólo de valorar su trabajo desde el punto de vista del desarrollo profesional sino que lo verá ligado a su desarrollo valoral interno, al entender que deberá desempeñarse de manera ética y profesional, al pensar siempre en lo que puede aportar como comunicador y comunicólogo (UABC, 2001).

Tantas ambiciones se verían cumplimentadas con sólo atender al que se convirtió en el virtual libro de texto de esa asignatura, *La producción social de comunicación*, de Manuel Martín Serrano (1986), al parecer recién descubierto o redescubierto por la comunidad de profesores de la Facultad de Ciencias Humanas durante sus estudios de maestría, que habían iniciado en el año 2000. Del objetivo de la carta descriptiva se puede recuperar el contenido temático de la misma:

El objetivo del presente curso es que el alumno conozca la teoría social de la comunicación, desde sus orígenes teóricos, los cuales revisará para luego revisar el planteamiento teórico sobre la producción social de la comunicación y finalizará con la revisión del planteamiento metodológico para aplicar los diferentes métodos de análisis de producción social de comunicación (UABC, 2001).

Las repeticiones y tautologías son evidentes, pero más destacable aún es que se mencione “la teoría social de la comunicación” como si fuera la única; y es también digno de hacer notar que el propósito vuelve a sacar a colación la división comunicador/comunicólogo, que parecía haber quedado superada en años anteriores.

Huellas compartidas

¿Qué ocurrió en esa época en el campo académico de la comunicación o en la Facultad de Ciencias Humanas y que se manifestó en esta carta descriptiva? ¿Qué agentes estaban ubicados en posiciones dominantes como para elaborar desde esas posiciones los discursos acerca del deber ser del comunicador/comunicólogo? ¿Acaso los primeros contactos con el subcampo de la producción de conocimiento —el científico— removieron antiguos conflictos o hicieron que quienes cursaban la maestría empezaran a aplicar estrategias de legitimación ante aquellos a quienes consideraban sólo como “comunicadores” por su ubicación en el subcampo profesional?

Responder tales preguntas rebasa los propósitos de este breve escrito, pero su enunciación pone en evidencia la necesidad de reconstruir la historia de la constitución y evolución del campo académico de la comunicación en Baja California con mayor profundidad y haciendo uso de técnicas múltiples, que den cuenta de las luchas por el poder del campo.

Los años que van del 2000 a 2003 fueron dedicados, por una parte, a la formación de maestría de gran parte de los profesores de ciencias de la comunicación; y, por otra, a los trabajos de reestructuración curricular por medio de los cuales la Facultad de Ciencias Humanas intentaba colocarse nuevamente como “vanguardia” institucional, al proponer un modelo híbrido al que se denominó “plan de estudios flexible basado en competencias”, que implicó transformar no sólo las cartas descriptivas sino, sobre todo, la forma en que se habrían de instrumentar las asignaturas teóricas, a partir de ejercicios de aplicación que hacen énfasis en habilidades como el análisis, la clasificación, la inferencia, la evaluación, la comprensión de conceptos y la vinculación entre ellos.

Mientras tanto, a nivel institucional se incrementaba la presión ejercida por los procesos de evaluación interna y externa que exigían a los profesores mayor productividad académica, presión que habría de alcanzar un punto climático en la siguiente administración rectoral (2003-2006), empeñada en colocar a la UABC en un lugar destacado entre el concierto de las universidades públicas mediante intensos procesos de reestructuración curricular que llevaron a la adopción por todas las unidades académicas del modelo basado en competencias,

Las teorías de la comunicación

a la vez que mediante la acreditación de los programas educativos por organismos externos y, en ausencia de ellos, por medio de las evaluaciones que hicieran los CIEES.

Aunado a ello, la obtención del reconocimiento de perfil deseable Promep se convirtió en una carta de presentación indispensable para los profesores de tiempo completo, en función del capital simbólico que representa y de su convertibilidad en capital económico (mediante el programa de estímulo al personal académico); pero en esos años sólo dos de los docentes —que ya tenían el grado de maestría— pudieron obtenerlo, pues el resto se encontraban haciendo estudios de posgrado. Sin embargo, el terreno estaba sembrado, y en breve se habrían de cosechar los grados y los perfiles Promep que ayudarían a reconfigurar el campo y a consolidar las reglas del juego, con lo que la investigación pasaría a ocupar el lugar privilegiado, y con ella, las teorías de la comunicación. Esta etapa anunció la que ya se vislumbraba, en la que no bastará con el reconocimiento de la SEP sino que se aumentará la exigencia hacia la incorporación al Sistema Nacional de Investigadores. Tal presión ya se deja sentir, y la iniciación de estudios doctorales por buena parte de los profesores de la licenciatura en ciencias de la comunicación es una señal de su inminencia.

En tanto eso ocurre, los principales rasgos que se observan en la conformación actual del campo académico de la comunicación son, en general, el fortalecimiento de los procesos colegiados de elaboración de cartas descriptivas y una mayor y mejor discusión de los contenidos; y para las asignaturas de teorías de la comunicación, una renovación de temáticas, como producto del acceso a bibliografía más reciente, que fue a su vez resultado de la necesidad de fundamentar proyectos de investigación apoyados institucionalmente al participar en la convocatoria interna, y que estuvieron bajo la responsabilidad de dos de los profesores que imparten “teorías”, quienes han establecido estrechos vínculos de colaboración académica con unidades más maduras en las tareas de generación y difusión del conocimiento, como el Instituto de Investigaciones Sociales y el Centro de Investigaciones Culturales-Museo.

Con muestra de lo anterior, en el plan de estudios 2003-2 la asignatura de “Teoría de la Comunicación I” plantea como propósito:

Huellas compartidas

Contribuir a la formación de profesionales de las Ciencias de la Comunicación en la comprensión de los fundamentos teóricos y metodológicos positivistas que dieron origen a las Teorías de la Comunicación Masiva, lo que representa una guía y herramientas para analizar los procesos comunicativos que intervienen en hechos y fenómenos sociales, así como para generar productos comunicativos para la interacción social (UABC, 2004).

Como se observa, se mantiene el esquema de dividir los contenidos en función de escuelas de pensamiento, pero la novedad es la consideración de la comprensión teórica como una base tanto para el análisis de los procesos como para la elaboración de productos comunicativos. Las teorías se convierten, con ello, en la columna vertebral de las actividades de los licenciados en ciencias de la comunicación, en cualquiera de las dos vertientes consideradas, que son, a fin de cuentas, las mismas de la antigua oposición comunicólogo/comunicador: el análisis y la producción, la teoría y la práctica. Lamentablemente, lo que no ha cambiado mucho es la bibliografía, pues los antiguos conocidos siguen apareciendo. La única diferencia es que a los capítulos seleccionados de los libros de Alsina, Wolf, Paoli, Lozano y De Moragas se añade una obra no tan nueva: *Historia de las teorías de la comunicación*, de Armand y Michele Mattelart, que llegó a estas tierras merced a la influencia de quienes impartieron cursos en la maestría en comunicación de la Universidad de La Habana.

Por su parte, “Teoría de la Comunicación II” presenta un propósito más concreto, pero que continúa con la tónica de abordar el objeto de estudio desde una perspectiva específica, tal como se viene haciendo desde 1993: “Contribuir a la formación de profesionales de las ciencias de la comunicación a partir de la identificación de los principales postulados teóricos de la corriente crítica y los autores que los han sistematizado” (UABC, 2005a).

En esta asignatura se aborda, sobre todo, la discusión sobre la cultura de masas, y los autores, de cuyos libros se leen algunos capítulos, son Alan Swingewood, Herbert Marcuse, Raymond Williams, Umberto Eco (con sus *Apocalípticos e integrados*), Herbert Schiller, García Canclini (con *Culturas híbridas*), y Jesús Martín-Barbero. En

Las teorías de la comunicación

una primera versión, del semestre 2004-2, se incluían algunos autores que tratan el problema del poder y la hegemonía, como Foucault, Buci-Glucksmann y Bourdieu; pero estos, además de estar desvinculados de la tónica del primer bloque, resultaron ser demasiado complejos para los estudiantes, por lo que la carta descriptiva fue reestructurada en el periodo siguiente, para quedar con el mismo propósito pero con una bibliografía más accesible, en tanto que los temas de poder y hegemonía pasaron a formar parte de la nueva “Teoría de la Comunicación III”, cuyo propósito es “Contribuir a la formación de profesionales de las ciencias de la comunicación a partir de la identificación de los principales postulados teóricos de los autores que han sistematizado una teoría social de la comunicación y de quienes han abordado la comunicación como proceso cultural” (UABC, 2005b).

Los contenidos de la asignatura orientan hacia la conceptualización de la comunicación masiva desde lo que Martín Serrano denomina “comunicación pública”, además de exponer los planteamientos básicos de John Thompson respecto de la cultura, la ideología y la comunicación de masas en la sociedad contemporánea. Se establecen asimismo las relaciones entre comunicación, cultura, hegemonía y poder, para lo cual se lee a Foucault, Esteinou y Gruppi; se adopta el concepto estructural de cultura de Thompson después de leer a Giménez y a Geertz, y se dedica una unidad a la relación entre consumo y cultura, que incluye, además de *La distinción*, de Bourdieu y *El consumo cultural en México*, de García Canclini, un capítulo de un libro publicado por uno de los profesores de la carrera.

Nota al calce

Hasta aquí se ha venido haciendo una reflexión sobre la docencia de las teorías a partir de los contenidos de las cartas descriptivas o la dinámica del campo académico de la comunicación, pero nada se ha dicho de quienes son los sujetos sobre los que se lleva a cabo la actividad docente: los alumnos. Lo que de ellos se pueda comentar sin haberles consultado su opinión será siempre parcial y visto desde

Huellas compartidas

la posición específica de quien ejerce la docencia, y desde ese lugar no han sido pocas las ocasiones en que se ha considerado la precaria preparación con que se recibe a los estudiantes, el escaso contacto con la lectura o, si lo hay, las dificultades para la comprensión de conceptos abstractos –fundamentales en las asignaturas teóricas–. Persiste entre los alumnos la necesidad de que se les den ejemplos ya sea de los conceptos –algo de suyo imposible– o de la aplicación de la teoría en casos concretos, exigencia que obliga a simplificar la complejidad de los fenómenos sociales; y cuando esto último puede hacerse, el estudiante no alcanza a dar el paso que va del modelo a la teoría, del ejemplo particular a la generalización que representa, situación que se ve agudizada por el enfoque operacional del desarrollo de competencias. Es entonces cuando el apocalíptico que todos llevamos dentro levanta la cabeza y con cara de Giovanni Sartori nos grita “¡Te lo dije, ésta es la generación del *homo videns!*” Y la pregunta “¿cómo hacer?” y el reto de querer explicar lo complejo se repiten con cada reporte que el área psicopedagógica nos da, en que los resultados de la aplicación de diversas pruebas a los grupos de nuevo ingreso señalan que estamos ante adultos jóvenes que están cognitivamente estacionados en lo que Piaget (1986) denomina etapa de pensamiento operacional concreto, y que corresponde a niños de 11 años.

Conclusiones

A partir del somero análisis realizado a las cartas descriptivas que aún existen de planes de estudio pasados, y de la vinculación *grosso modo* de las políticas educativas nacionales en materia de educación superior con las de la propia UABC, es posible señalar varios puntos: el primero es que la evolución del campo académico de la comunicación en la Facultad de Ciencias Humanas no se ha desarrollado aisladamente, sino que de diversos modos ha recibido influencia de y ha sido impactado por lo que ocurre en otras latitudes del país, tanto en el campo de la educación superior como en el específico de la enseñanza de la comunicación. En segundo lugar, cabe señalar que a los profesores de ciencias de la comunicación les ha hecho falta for-

Las teorías de la comunicación

mación pedagógica y de redacción para tener la capacidad de plasmar claramente y sin ambigüedades los propósitos de las asignaturas. En tercer término, y más allá de lo formal, se observa que muchos de los contenidos de las cartas descriptivas de teorías de la comunicación todavía son *digest* de teorías, a manera de historia y exposición de la evolución del pensamiento acerca de la comunicación, pero poco se pone en contacto al estudiante con los autores a los que hacen referencia aquellos libros de historia de las teorías. A eso hay que agregar que en la instrumentación de la carta descriptiva todavía hay profesores que dan “cátedra”, o lo que es lo mismo: el profesor les dice a los alumnos lo que dice el autor que dijo el teórico original. Con ello se torna aún más difícil que el estudiante pueda apropiarse los conceptos y luego ser capaz de utilizarlos para explicar la realidad, pues su comprensión de dichos conceptos está doblemente mediada antes de llegar a él.

Si bien la mayor consolidación del campo académico de la comunicación y el mayor nivel de calificación educativa de los agentes docentes ha impactado favorablemente en algunos contenidos de las asignaturas, persisten enfoques ya rebasados o cuando menos ya desde hace años revisados o reexpuestos a partir de nuevas perspectivas en el campo académico de la comunicación nacional —y no se diga internacional—.

Por otra parte, las obras y los autores considerados en las bibliografías indican que, desde sus inicios y hasta la fecha, se ha analizado a la comunicación desvinculada de otros procesos sociales, quizá porque, en el afán de legitimarse como campo, el de la comunicación —al menos en este caso regional— se separó de su origen sociológico.

Ante ello, cabe concluir con una reflexión de Armand Mattelart, para quien el problema de las ciencias de la comunicación “es que no dan a los estudiantes, a quienes se integran al campo, un punto de partida disciplinario para introducirse en lo interdisciplinario [...]”. En muchas formaciones en comunicación e información faltan nociones básicas como Estado, sociedad civil o institución” (Rodríguez, 2004:s/p); o como expresó Cristina Puga (2007) en una conferencia dictada hace poco en Mexicali: “a las carreras de comunicación les hace falta teoría social”. Y algo de filosofía.

Bibliografía

- CAPARELLI, S., e I. R. STUMPF, “El campo académico de la comunicación, revisitado”, en M. I. Vasallo y R. Fuentes Navarro (comps.), *Comunicación. Campo y objeto de estudio*, pp. 59-73, ITESO/UAG/Universidad de Colima/Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005.
- CAPRA, F., *El tao de la física*, Sirio, Málaga, 1997.
- GIMÉNEZ, G., “La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos”, en J. A. González y J. Galindo, *Metodología y cultura*, pp. 33-65, Conaculta, México, 1994.
- GÓMEZ-MORÍN, L., “La investigación y el posgrado en la Universidad”, en David Piñera (coord.), *Historia de la Universidad Autónoma de Baja California 1957-1997*, pp. 363-387, UABC, Mexicali, 1997.
- MARTÍN ALGARRA, M., *Teoría de la comunicación: una propuesta*, Tecnos, Madrid, 2003.
- MARTÍN-BARBERO, J., *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*, Felafacs/Gustavo Gili, México, 1988.
- , “Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación”, en M. I. Vasallo y R. Fuentes (comps.), *Comunicación. Campo y objeto de estudio*, pp. 15-42, ITESO/UAG/Universidad de Colima/Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005.
- MATA, M. C., “Reflexiones acerca de las investigaciones en comunicación”, *Revista Latina de Comunicación Social*, 35 [extra “La comunicación social en Argentina”], La Laguna (Tenerife), noviembre de 2000. Disponible en <http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/01cmata.htm>. Consultado el 27 de septiembre de 2007.
- PADILLA CORONA, A., “La Universidad ante el cambio de escenario político estatal y su papel respecto al proyecto federal de modernización educativa, 1987-1991”, en D. Piñera (coord.), *Historia de la Universidad Autónoma de Baja California 1957-1997*, pp. 227-249, UABC, Mexicali, 1997.
- PIAGET, J., *Seis estudios de psicología*, Seix Barral (8ª ed.), México, 1981.
- PUGA, M. C., “La perspectiva institucional de las ciencias sociales en México”, conferencia dictada en el Foro “Las Ciencias Sociales en México”, Instituto de Investigaciones Sociales-UABC, Mexicali, B. C., México, 21 de septiembre de 2007.

Las teorías de la comunicación

- RODRÍGUEZ, P., y ARMAND MATTELART, *Aula abierta. Entrevistas del Portal*. Portal de la comunicación. INCOM-UAB, 2004. Disponible en http://www.portalcomunicacion.com/esp/pdf/aab_ent/matt.pdf. Consultado el 27 de septiembre de 2007.
- UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA (UABC), “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación II’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación”, 1989. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Introducción al Campo de la Comunicación’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación”, 1990a. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación I’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 1990b. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación III’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 1990c. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Principios de Comunicación’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 1996a. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación III’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 1996b. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación I’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 1997. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación III’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 2001. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación I’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 2004. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación II’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 2005a. Documento interno.
- , “Carta descriptiva de ‘Teoría de la Comunicación III’”. Plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, 2005b. Documento interno.

Huellas compartidas

- UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, “Historia de la UIA”, 2007. Disponible en <http://web.tij.uia.mx/website.php?doc=/.uia/historia/historia01.html>. Consultado el 30 de septiembre de 2007.
- VASALLO, M. I., “Reflexiones sobre el estatuto disciplinario del campo de la comunicación”, en M. I. Vasallo y R. Fuentes (comps.), *Comunicación. Campo y objeto de estudio*, pp. 43-58, Guadalajara, ITESO/UAG/Universidad de Colima/Universidad de Guadalajara, 2005.

Glosario de siglas y acrónimos

- Acceciso, Asociación para la Acreditación y Certificación en Ciencias Sociales, A.C.
- AMIC, Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación.
- ANUIES, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- CIEES, Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior.
- Conacyt, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Coneicc, Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Ciencias de la Comunicación.
- Copac, Consejo para la Acreditación de la Comunicación.
- Fomes, Fondo para la Modernización de la Educación Superior.
- ITESM, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
- ITESO, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- PIFI, Programa Integral de Fortalecimiento Institucional.
- Promep, Programa de Mejoramiento del Profesorado.
- SEP, Secretaría de Educación Pública.
- SESI, Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica, hoy SES, Subsecretaría de Educación Superior.
- SNI, Sistema Nacional de Investigadores.
- UAM, Universidad Autónoma Metropolitana.
- UIA, Universidad Iberoamericana.
- UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México.